

tres meses de su sueldo poder juntar mil 400 dólares, siempre y cuando en todo ese lapso no tuviera que gastar en comida, vestido ni ninguna otra cosa; e) que en el caso de que se pudiera dividir la deuda entre todos los mexicanos, los jefes de familia también tendrían que responder por la deuda *per cápita* de sus esposas que no perciben un salario, la de sus hijos y todos aquellos que mantengan; y f) que de aquí a un año que pudieran haber ahorrado para pagar su deuda externa, ésta ya habría aumentado por los intereses y la devaluación y tendrían que volver a empezar otra vez. . . Sólo desde este punto de vista sería muy fácil com-

probar la impagabilidad de la deuda —reflexiona la economista.

Además, a la deuda externa *per cápita* se tiene que sumar la personal que se tiene con el amigo, con la caja de ahorro de la empresa donde trabajamos, con la mueblería, con el recibo del cobro de la luz, del predio, del agua, de. . . Pero lo más grave es que la deuda externa es un pagaré que nos endosaron de algo que no disfrutamos y para pagarla desde hoy está empeñado el futuro del país —se dice la analista en el momento que sacadas sus cuentas decide cerrar el *folder* y se promete abrir uno nuevo porque el anterior no va a aguantar mucho. *fem*

europas, Francia, Inglaterra, Portugal, Bélgica, España, etcétera.

Este proceso de colonización implicó la sustitución de cultivos para el consumo interno por otros destinados a la exportación, cuyo objetivo era satisfacer la demanda europea. Con este mismo fin se promovió la extracción de minerales.

Así, se inició el progreso de las Metrópolis en detrimento de las condiciones de vida de los pueblos colonizados, quienes una vez que alcanzaron —siglos más tarde— su independencia política, se encontraron saqueados y con sus economías integradas al comercio mundial a través de la división internacional del trabajo.

Bajo estas circunstancias, los nacientes países independientes de América Latina requirieron de la contratación de créditos externos para iniciar su proceso de industrialización, sin tomar en cuenta que “quien presta, manda”, pues para pagar hay que exportar y para exportar, previamente hay que importar; pero adicionalmente, se necesita ser competitivos y esto se logra pagando salarios más bajos que en los países industrializados.

De esta manera, la pobreza masiva se vuelve la clave del éxito de una economía subdesarrollada volcada hacia el exterior, cuya existencia depende de la capacidad de respuesta que tenga en función de las necesidades de otros.

Los bajos salarios impiden el crecimiento del mercado interno, por lo que la industria produce únicamente para los pequeños grupos con poder de compra. Esta tendencia de producir menos de lo que se necesita se convierte en una contradicción estructural del aparato productivo de los países subdesarrollados, situación que genera la inflación en estas naciones.

Hasta hace algunos años, todas estas contradicciones latentes en las economías del Tercer Mundo permanecieron ocultas para la gran mayoría; sin embargo a partir de 1982, América Latina ha venido tomando conciencia paulatinamente del agotamiento del sistema de endeudamiento externo.

Diversos factores internacionales desencadenaron en la presente década este problema que al parecer convivirá entre nosotros por mucho tiempo.

La insolvencia financiera que ha afectado al Tercer Mundo durante los últimos cinco años se ha derivado básicamente de la drástica caída en términos reales de los precios de las materias primas, las cuales registran en estos momentos un poder adquisitivo similar al de los años 30, y de

¿De dónde viene el endeudamiento?

María de Jesús Espinosa Macías

México acaba de lograr la poco honrosa distinción de ser el primer país deudor de América Latina al acumular una deuda externa de 114 mil millones de dólares, lo que implicó desplazar a Brasil de este aspecto, quien adeuda al mundo desarrollado 108 mil millones de dólares.

Luego de una nueva y penosa renegociación, el pasado 20 de marzo se concretó un paquete crediticio externo de rescate para nuestro país por poco menos de 14 mil millones de dólares, mismos que deberán fluir durante los próximos 20 meses.

La dinámica que en los últimos años ha tenido el problema de la deuda externa, ha llevado a México y a otros países subdesarrollados a constantes renegociaciones y nuevos requerimientos de crédito externo.

Esto se debe a que la política estatal ha puesto como una de sus prioridades el cumplir con el servicio de la deuda externa contratada con anterioridad, lo que implica en primer término pagar mensualmente los intereses que devengan dichos créditos y, de manera trimestral, cubrir las amortizaciones correspondientes.

Sin embargo, el problema que nos ocupa no es privativo de México, ni siquiera afecta únicamente a América Latina. La deuda externa se ha convertido

en una bomba de tiempo próxima a estallar en todos los países subdesarrollados de América Latina, Asia y África.

Siglos atrás, las naciones ahora pobres, también conocidas como del Tercer Mundo, fueron conquistadas y convertidas en Colonias al servicio de las Metrópolis

(Lourdes Laborde)



1980 a la fecha, el deterioro de los términos de intercambio alcanza ya el 22 por ciento.

Por otro lado, el enorme déficit presupuestal de los Estados Unidos de más de 220 mil millones de dólares, ha elevado de manera artificial la paridad del dólar y el nivel de las tasas de interés internacionales. Este incremento unilateral en el rendimiento de los depósitos en dólares, ha originado una constante fuga de capitales de todo el mundo hacia los Estados Unidos.

No obstante, para una región como América Latina donde se vive de manera permanente una escasez de divisas, la fuga de capitales manifestó una gravedad inusitada, pues se estima que por este concepto han salido en los últimos años alrededor de 70 mil millones de dólares de la región, para ser depositados en bancos estadounidenses.

Es así como nos hemos ido dando cuenta de que el subdesarrollo no es una etapa del desarrollo sino su consecuencia, pues resulta evidente que el Tercer Mundo se encuentra cada vez más alejado de los países industrializados.

No padecemos el desorden y la desigualdad internacionales como parte de la infancia del sistema capitalista, cada día resulta más evidente que se trata de su decrepitud y que los empréstitos externos, las inversiones directas y la estructura del comercio internacional, son los factores que atan al Tercer Mundo al subdesarrollo.

No obstante, en esta bola de nieve en que se ha convertido la deuda externa, la alternativa de los acreedores de renegociación y nuevos créditos está agotada. La iniciativa ahora se encuentra en los deudores. Así lo demuestran las recientes actitudes de países como Perú, que ha limitado al diez por ciento de los ingresos

por exportaciones el pago del servicio de la deuda, y Brasil, quien mediante la declaración de una moratoria indefinida de pagos, busca limitar sus egresos al exterior para no continuar deteriorando el nivel de vida de los brasileños más pobres.

La necesidad de actuar de manera concertada es evidente para los países subdesarrollados, pues no se trata sólo de enfrentar el problema de la deuda, aunque hacerlo sería un importante avance; se busca eliminar las fuentes de la desigualdad y el saqueo internacionales que son la causa de los problemas de todas las naciones pobres.

El objetivo final del tercer mundo debe ser presionar de manera conjunta para que los países beneficiarios de este sistema se vean obligados a negociar un Nuevo Orden Económico Internacional, en donde las naciones pobres tengan la posibilidad de acceder al desarrollo. *gbr*

Los niños, las principales víctimas

Andrea Bárcena

Los países latinoamericanos difícilmente podrán salir adelante si continúan sacrificando el bienestar de sus infancias al pago de su deuda externa. Porque ello significa cancelar por anticipado la capacidad productiva y el potencial creativo de las nuevas generaciones. Al respecto, he aquí una pequeña muestra de lo que se lee en la prensa en los últimos tiempos:

Cuarenta millones de niños deambulan por las calles de las ciudades latinoamericanas (UNICEF).

En América Latina, los niños que trabajan constituyen entre un 12 y un 22 por ciento de la población económicamente activa de los países de la región (OIT).

En Latinoamérica, la población considerada como *muy pobre* (170 millones de personas, aproximadamente) está constituida en un 55 por ciento



(Andrea Bárcena)

por niños menores de 15 años; uno de cada cuatro "muy pobres" latinoamericanos es menor de seis años de edad (Instituto Interamericano del Niño).

Por falta de vitaminas, unos tres millones de niños

latinoamericanos padecen ceguera (Primer Congreso Internacional de Nutrición, Recife, octubre de 1986).

En América Latina lo peor no ha llegado, pero llegará fatalmente si continúa el abandono masivo de la infancia.